VII. Hemos dejado algo de la salud en el piso

Leonor: Cada vez que iba a casa de mi hermana o de alguna paisana ¡me venía una pena! porque se ha pasado muchísimo aquí en Barcelona con esto de la vivienda: cuatro matrimonios en un solo piso, que en cada dormitorio y hasta en el comedor había uno. Aquello parecía un hormiguero con tanto crío de aquí para allá que daba pena. Y además tenían que cocinar en los hornillos aquellos de petróleo. Estas calamidades yo no las he pasado, porque era soltera y me apañaba bien con mi trabajo. Pero mi hermana tenía tres hijos y se fue a vivir al Besòs y había que ir a buscar el agua en un rec y dejaba a los críos. Yo veía aquella miseria con los chiquillos a medio comer, descalzos y mal vestidos, y en cambio, yo viviendo en unas habitaciones grandes, en casa de los señores. Ellos arrastrando tanta miseria, que no sabían ya como vivir, y yo con tanta cosa, que, aunque no era mía, yo la disfrutaba. Pero, a pesar de todo, yo me quería ir a los barrios.

En una ocasión, estaba yo en Sant Pol con los señores y le tenía yo dado un dinero a mi hermano. ¡Pobre hermano! vino y me dijo: «Mira, te he gastado todo el dinero, porque nos han quitado las horas». «Bueno —le respondí—no te preocupes y qué le vamos a hacer». Y él no tenía ni muebles, ni cosas. Entonces no era como ahora que la gente tiene tantos aparatos en la casa. Entonces lo único era la cama, las sillas y así: lo necesario y aún menos. Nunca consiguió un piso mi hermano, aunque trabajó mucho, pero había crisis y se

fue a Francia y a los pocos años murió allí.

Ha habido un recorrido de la gente, que ha sido grandísimo para conseguir algo, sea como sea. Hemos dejado algo de la salud y las penas de varios años en el piso. Por eso, ahora nos sentimos y orgullosos de tenerlo. Con él, como quien dice, comenzamos a vivir.

Primitivo: Cuando vinimos nos metimos en casa de mi hermana, con nueve que estaban. Aquella era una barraca muy húmeda, con el pavimento de cemento y arena y tabiques hechos pero sin enyesar. Ellos dormían todos juntos. Mis padres dormían en lo que sería el comedor, en un colchón en el suelo para por la mañana enrollarlo y colocarlo en un cobertizo en el patio hasta la noche. Pero claro, todos siendo familia, pues tan contentos.

Cuando llegué yo, no había dónde meterme a dormir, y tuve que irme con mi primo, que estaba casado y vivía en un solar que se había comprado para

hacerse la casa.

En lo que tenía que ser patio, se hicieron dos habitaciones de tabiques, un comedor y una cocinita pequeña con un fuego de leña para cocinar. Los do-

mingos nos íbamos al bosque, cogíamos un fajo cada uno y cargado a las espaldas nos lo traíamos hasta Terrassa. Con esta leña teníamos que hacer la co-

mida toda la semana. Y así cada domingo.

Mi primo era albañil, y con mi ayuda, los domingos hicimos primero de todo la cocina de lo que iba a ser la casa. Le pusimos una ventana y una puerta provisional, compramos una cama de cinco palmos y ya tenía yo dormitorio. Ellos tenían un nena de 6 años y la instalaron también en una cama pequeña.

Después de varios años de estar allí compré una barraquilla por 15.000 pesetas, pagando mil al mes. Aquello fue un regalo. Con aquella barraquilla nos casamos la Leo y yo. Éramos felices. Mis padres y mis dos hermanas se tuvieron que apañar con dos camas pequeñas en una habitación y Leonor y yo, y la Toñi al cabo de un año, en otra. Pero aquello tenía una humedad bárbara. Desde entonces parece que tenemos reuma todos.

Vino un señor un buen día y quiso comprarme la barraca aquella. Me la compró y me dio 77.000 pesetas por ella. Habíamos estado allí cinco años.

La vendí porque quise comprar un piso, pero nos estafaron. Doscientos seis éramos los que habíamos pagado, y nos estafaron a los doscientos seis. Nos quedamos sin barraca, sin piso y sin dinero. Y yo tenía tres hijos: la Toñi,

el Oscar y la Leo.

Leonor: Aquello fue terrible, porque sin casa y sin nada tuvimos que apañarnos de nuevo. Nos fuimos a vivir a las barracas de Montjuïc, en Can Valero. A lo primero dormíamos bajo un cobertizo, a la intemperie. Nos tuvimos que hacer nuestra casa por tercera vez. Al poco tiempo, vinieron a vivir con nosotros los padres de Primitivo, que se encontraban en las mismas. En una sola habitación dormíamos siete personas. Por la noche poníamos un paraguas para las goteras, porque si llovía nos daban en la cama. Sin agua, sin luz, sin water, arriba de todo de la montaña. Con un paraguas y un cubo y ¡hala!, a dormir. Los niños eran pequeñitos, la Toñi 5 años, Oscar 3 y la Leo 1.

Con los años fuimos guardando unas perras. Pasamos de realquilados a un piso pequeño de Pubilla Cases, porque muchos de Montjuïc se venían para Hospitalet. Y en el año 69 dimos una entrada para un piso de Can Serra, que los

estaban empezando entonces.

Así que somos los pioneros de Can Serra. Al comienzo tampoco teníamos agua ni luz, y estaba todo embarrado todavía con las hormigoneras, pero ¡va-ya diferencia, ya teníamos algo nuestro! Me parece que éramos sólo tres familias. Nos juntábamos donde estaban las obras para coger el agua y teníamos que bajar por rampas donde ahora hay las escaleras.

Avelino: Cuando ya alquilé una habitación en Esplugues, se vino del pueblo mi mujer con los niños. Por cierto, que tuvimos muy mala suerte: porque era una planta baja con cuatro habitaciones, y cuatro vecinos que vivíamos. Pero los dueños de la vivienda nos formaban a los vecinos unos escándalos tremendos. El era carterista profesional, que de eso vivía, y ella había practicado la prostitución y vivía con sus dos hermanas y su padre borracho que nos armaba un follón todo el día y la noche. Era un escándalo y una vergüenza vivir allí para el que había conocido la humildad, la decencia o la honradez. Pues allí estuvimos año y medio, y nos hicimos amigos de otra familia de Granada, que estaba en otra habitación, hasta que formé trato con un primo mío que tenía una vivienda y quería levantar otra encima, y me solicitaron para formar este

piso a medias. Pero aquello no resultó porque me quisieron estafar. Así que fuimos a parar a una especie de *botiga* que yo había arreglado, que allí llaman una tienda, hasta que me metí en un piso de aquí, de Hospitalet.

Todo esto era un desierto entonces. Allí había un huerto, y patos, todo eran torrecitas y campos hacia donde tiraras, campos de garroferos que llegaban hasta Can Serra y al desnivel de la Iglesia. Y con las excavadoras ¡como lo han puesto todo en tan pocos años!

Antonio: Al principio viví solo buscando y buscando algo donde alojarme hasta que encontré una habitación que me costaba 1.300 pesetas por ya poder estar con Vicenta. Fui a por ella, y la Antonia se quedó un tiempo en el pueblo con los abuelos. Y así que nos vinimos desde Iznájar de Córdoba.

Al poco me encontré otra habitación de una señora que me costaba 1.050 al mes; y le dije al hombre: «Me voy a aquella, que me la dan más barata».

Aquella mujer tenía un piso de tres habitaciones, y en cada una dormía una familia realquilada con derecho a cocina. Lo que pasa es que eran siete hijos con una abuela, y la abuela estaba loca. Aquello por las noches parecía un campamento, allí no se podía vivir. Lo peor era que muchas veces a la vieja le daban ataques de locura y gritaba de tal modo, que ninguno podíamos dormir y teníamos que echarle una mano a su hija por la noche. Nosotros estábamos los tres en una habitación, la Vicenta, la Antonia y yo. Y la Vicenta encima tenía jornada de trabajo en Barcelona.

Y aquello no podía ser, yo todos los sábados y domingos, me iba tempranito, solo, a recorrer pisos. Nada, que durante más de un año no fuimos los domingos más que a ver pisos. Yo creo que nos los recorrimos todos en Santa Coloma, en Sant Boi, hasta que dimos con éstos que los empezaban entonces.

Vicenta: Y así fue como caímos los dos aquí. Yo me tuve que poner a hacer faenas en Barcelona, porque no daba para todo.

Antonio: Vicenta con las faenas ganaba más que yo: ganaba 25 pesetas y yo 20. Me fui a otra obra, porque no me encontraba bien allí.

Estuve con un prestamista de Sant Boi, y ya me empezaron a pagar a 21 la hora. Pero yo le dije al prestamista: «Me tiene que poner de aprendiz; si no, a verdad, tendré que *plegar*». Me puso de aprendiz, y ya me pagaba a 25, igual que a la Vicenta.

Y entonces, pues seguimos aquí luchando. Al año de estar así, en la habitación, habíamos juntado 55.000 pesetas y fue cuando nos quedamos con este piso, porque aquello de la habitación ya no podía seguir.

Vicenta: Fuimos los primeros en venir aquí a Can Serra. Mejor dicho, los segundos, porque los primeros fueron unos de nuestra misma escalera, del 1°, 1ª, pero se marcharon y así hemos quedado nosotros como los más antiguos.

Sólo había algún bloque por aquí alrededor, pero deshabitado. De los altos, no había ninguno. Ni carretera, que estaba todo hecho un barrizal para resbalarse todos. El agua íbamos a buscarla con un cubo a un aljibe o pozo que había allí en la bajada de la parroquia. Ni teníamos aún luz.

Antonio: Y para pagarlo, madre mía las que llegamos a pasar... Buscamos dinero por un lado: 80.000 pesetas pagando el 10 por ciento, porque mi suegra nos fió a un terrateniente de allí del pueblo, y como él tenía una poca de tierra para responder...

Pero se nos vino todo encima: los contratos del agua, de la luz, los réditos y había que pagar dos letras de 25.000 y pico, además de las 2.950 de cada mes. Estábamos con un agobio tan grande, y tan aburridos de todo hasta las narices, que no sabíamos lo que hacer. Y tuve que salir a pedir dinero, porque estábamos ya que no podíamos más.

Y así fue que fui a un cura, que me mandó a otro, y éste a una señora que

había allí, que se cuidaba de estas cosas:

— Mire, que se nos ha echado esto encima y que no puedo, la verdad que no puedo más; que yo querría que me echaran una ayuda para poderlo pagar en otra ocasión.

Y al cabo de ir dos o tres meses me contestó que para echarme la ayuda tendría que estar enfermo, o haber tenido un accidente grave, pero que si yo podía trabajar, pues no podía ser...

Vicenta: ... o tener hijos subnormales, o algo así...

Antonio: Mire, le dije, para tener un hijo subnormal o para haber tenido un accidente alguno de mi familia, pues prefiero que no me ayudéis, que no quiero ninguna de estas dos cosas. Yo vengo porque estoy bueno, pero que no me alcanza y por eso pido la ayuda.

María: Nosotros al principio vivíamos en un piso muy pequeño, realquilados, cargados todos de nervios. Aquello no era vida con los muchos que éra-

mos metidos allí, en continuas peleas.

Alejandro: Y empecé a trabajar noche y día, y día y noche, para ahorrar cuatro perras para coger piso. Estuve trabajando en lo del túnel de la Plaza de España; pero todavía no se ganaba mucho entonces aquí en Barcelona: tres mil a lo máximo a la semana. Pero con tres mil no daba ni para comer. Así que empecé a quitármelo de la salud. Enganchaba el trabajo el lunes todo el día, la noche entera y el martes otra vez todo el día. Y el martes por la noche me venía a dormir. Y al otro día se repetía la operación; así que de seis noches a la semana no dormía más que dos o tres. Con esto llegaba a las 21 todas las semanas. A veces, aunque era joven y fuerte, iba andando por la calle y las piernas se me caían al andar.

También trabajé en lo de la Plaza de las Glorias, y en lo del Cinturón, todo eso lo he hecho yo también de esa forma. Estuve también en el Pabellón del Campo del Barça, que por cierto fue cuando me enganchó la policía y me sacudió allí en Sindicatos. Así que en nueve meses ahorramos 150.000 pesetas

para dar la entrada del piso.

Y una vez la dimos, ya nos metimos como pudimos, aunque no estaban más que las paredes lisas, porque los muebles los habíamos dejado en Sevilla.

María: Y yo también trabajando de faenas por mi cuenta, para ver si entre los dos juntábamos el dinero. Así que lo poco que tenemos lo hemos trabajado, por eso no hemos tenido tiempo de conocer a mucha gente del barrio.

Beatriz: Mi familia —mi madre y los cuatro hermanos que quedaban—, con las cosillas que vendieron y lo poco que nosotras habíamos ahorrado y que les íbamos mandando, se vinieron aquí antes de que desapareciera el pueblo bajo las aguas.

A mi madre le prometieron una habitación y escribió enseguida para que

vinieran. Pero aquella señora, cuando fuimos para alojarnos en su casa, ya había metido a otros, y se encontraron en la calle. Así que tuvieron que ir a casa de la parienta y apañarse los seis en aquella habitación tan pequeña para hacer de comer y dormir, con más fatigas que otra cosa. El suelo era de tierra y las paredes de *totxos*. De noche poníamos dos colchones en el suelo y de día se quitaban.

Pero por fin estábamos todos juntos otra vez, aunque no tuviéramos casa donde vivir. Mi padre y mis hermanos encontraron trabajo enseguida en una fábrica textil. Pasaron unos meses y en cuanto pudieron, juntaron un poco de dinero y compraron un solar.

Rafael: Mi primo conocía a una señora catalana que era viuda y tenía una casa de planta baja y un piso. En el piso vivía ella, y quería alquilar la planta a una familia que no le causara problemas. Un primo mío, que me ayudó mucho en aquellos malos tiempos, dio la cara y tuve mucha suerte porque me admitieron.

Mi hermana la mayor también tenía los muebles apartados en la tienda, pero no encontraba casa. Ella o yo nos podíamos casar y quedarnos con los padres. Como ella tenía la habitación ya apartada, le dije que se casaran ellos y se quedaran en la casa, que yo ya encontraría algo.

Después tuve la suerte de que me dieran la vivienda, que era lo que menos podía yo esperar. Se casó mi hermana y al año aproximadamente me casé yo con Beatriz.

Se fueron pasando los años y se ganaba lo justo para comer. Entonce fue cuando intenté marcharme para Bélgica. A la vuelta no me admitieron en el horno de la *bóbila*, así que tuve que ponerme a echar «remiendos» en las casas. Teníamos mucha faena porque todo el mundo, sobre todo los emigrantes, tenían que prepararse algo para poder vivir. Mi mujer cosía en casa (muchas veces hasta las tantas de la madrugada) y también iba a trabajar a la fábrica, o sea que íbamos tirando. Yo, durante la semana, hacía tres horas al día que correspondían a los albañiles. Pero como en la fábrica los de la sección de *barreges* de lana trabajaban doce horas, allá que me iba yo cuando terminaba la jornada de los albañiles y me enganchaba a hacer dos horas más cada día. Terminaba con los albañiles a las 7 y me ponía en la fábrica hasta las 9. Así que trabajaba 12 horas cada día y el suplemento de 7 u 8 cada fiesta.

El dueño tenía unos terrenos enfrente de la AEG de la Carretera Castellar. Los urbanizamos y los vendió en solares. Yo me quedé uno, porque a los trabajadores de la empresa, aunque fuéramos los de la noche, nos daban más plazo para pagarlos. En fiestas perdidas —quiero decir, las que no tenía un trabajo urgente— me hice las zanjas de los cimientos y los llené de cemento para montar las paredes.

Pero en aquel tiempo vino la riada de Terrassa, que lo arrasó todo y se llevó muchas casas arrastrando con ellas familias enteras. Aquello fue un drama tan trágico que los que lo vivimos no se nos olvidará nunca.

En el barrio de Las Arenas fue donde más casas se llevó, porque el suelo era arenoso y estaban acabadas de hacer y con muy malos materiales. Y lo peor es que casi todas eran de gente pobre que venía de fuera y, aunque eran como barracas, les había costado mucho esfuerzo y sacrificio, a fuerza de irlas trabajando los pocos domingos que tenían libres.

La riada se llevó los cimientos de mi solar y a pesar de que dieron dinero —recogido de donativos de todas las provincias españolas— incluso a algunos

frescos que aún no se habían hecho ni la casa ni nada, yo no fuí a pedir, porque viví muy de cerca los sucesos de hijos sin padres, y viceversa, y era más justo que el dinero lo cogieran esas personas que se quedaron sin casa, sin ropa, sin dinero y además sin algún familiar.

Nuestra fábrica se inundó de agua y arena pero no cayó por tener unos muros muy resistentes. Por eso, durante varios días, las personas supervivientes

se refugiaron en ella.

Después, metimos tractores para sacar las arenas. Eran de aquellos de trajilla que se llena al andar. Pero si se llena demasiado, se levantan las ruedas de delante y el tractor pierde la dirección. Esto fue lo que le pasó al que me accidentó: al saltar el eje de delante, otro hombre y yo para hacer peso y que las ruedas tocaran el suelo, lo hice con tan mala suerte que el eje del tractor me aprisionó el pie derecho y me lo chafó, saltando los huesos por encima de la bota que llevaba puesta.

Entonces, un albañil pequeñito de estatura, cuando me vió aprisionado, cogió un tablón de cinco metros de largo, lo metió en palanca y cuando los otros reaccionaron, él sólo, en un estado de nervios asombroso, me sacó el pie y me cogió como una cereza. Me llevaron a un coche y en pocos minutos ya

estaba en el quirófano de la Mutua.

El médico no sabía que hacer con mi pie: si cortarlo o no. Iba para cortarlo —porque si no se exponía a una gangrena—, pero al final optó por no cortar y lo cosió como pudo. Pero el dedo gordo no cogió el riego de la sangre y se secó. Así que cuando el pie estaba un poco duro, me sacaron los puntos y me cortaron el dedo, poniéndome un injerto que me sacaron de la pierna. Con todo esto se pasaron seis meses. Mi hija mayor tenía ya 7 años, Francisco 6 y Pedro 2, y en la Mutua los conocían todos. Estaban más tiempo en la Mutua que en casa.

Para no aburrirme, escribí a la casa CEAC e hice un curso de maestro albañil por correspondencia. Como el tiempo me sobraba, en todos los ejercicios sacaba un 10 y allí terminé el curso con diploma de sobresaliente. Las monjas de allí me admiraban por el tesón que tenía y la primera mesa móvil que pusieron fue para mí (porque antes había bandejas y cuando tenía que hacer planos

pasaba las mil y una).

Me echaron a los seis meses para que la pierna se fuera endureciendo, pero cuando me cortaron el dedo, se quedó dentro una esquirla de hueso y la herida no cerraba, por lo que me ingresaron de nuevo, y entre observaciones y una

nueva intervención me tiré 3 meses más hospitalizado.

Para colmo de males, mi padre vendió los aperos de labor —que era lo único que nos quedaba ya—, ultimó los detalles necesarios y se vino también para acá. Pero como tampoco encontraba trabajo, se hizo una zaranda o garbillo y cernía arena en la *riera*, que era lo que había estado haciendo en Almería. La vendía a los carreteros, que entonces llevaban caballos con carros porque no había camiones, aunque por eso le pagaban muy poco. Las cosas estaban aun tan mal que mi cuñado, que se acababa de casar y trabajaba en una fábrica de tintes, como ganaba muy poco, se echó ácido sulfúrico en una mano y se la quemó. Así, le dieron la baja y con la mano vendada se fue a trabajar de peón, para cobrar un poco más.

Por fin, yo salí y me dieron el alta, pero no encontraba trabajo. Ya desesperado, me fui un día al sindicato. Allí me encontré a un señor que era de un pueblo cercano al nuestro y al ver mis documentos me dijo: «¡Hombre, pues

si yo soy de por allí, cerca de Canjáyar, de Almería! Pues sabrá usted que tiene aquí una prima». Me dio las señas y me dirigí a casa de esta prima. Estaba relacionada con un señor de una empresa. Le expuso el caso, me aceptó y pronto empecé a trabajar de encofrador y a las 7 echaba dos horas más a la fábrica de tintes con mi cuñado.

Así que dejé los «remiendos» y con la ayuda del peón que tenía en la empresa y de mi cuñado que es albañil, empecé otra vez los domingos a trabajar en el solar. Quería hacer un almacén. Después pensé en hacer el casco de un

piso para no tener que destechar cuando lo hiciera.

Íbamos haciendo poco a poco, pero caí enfermo. Me ha entrado una artrosis en las rodillas y en la columna y sobre todo en el pie que se me chafó, y ya no estoy en condiciones de trabajar. También he quedado fastidiado de los bronquios porque el trabajo de encofrador es duro; muchos días tenía que trabajar lloviendo, al aire libre, mojándome, y así es como he caído enfermo. Desde el accidente de la riada, además no me valgo tanto. He estado encofrando durante quince años, y el encargado de la empresa en la que estoy ahora me pone en trabajo de a cubierto. Es buena persona, pero me dan la cuarta parte de lo que me daban de encofrador. Voy sobre todo para tener el retiro en un mañana.

En el almacén y el piso gasté unos 8 años. Pero para la salud aquello tampoco me iba bien por la humedad. Tuvimos que venderlo y con el dinero dimos la entrada para este piso.

Cayetano: Nos decidimos a comprar piso y a trasladarnos del todo aquí. Teníamos ya algo de dinero: las doscientas mil que yo me había ahorrado en Alemania, ciento cincuenta mil que nos habíamos ganado con el molino, y la casita aquella que nos habíamos hecho en el pueblo de San Miguel, en el pueblo de las minas. Entre todo llegamos a juntar casi 400.000 pesetas que en aquel año era dinero.

Vete por la parte de Esplugues, que allí hacen muchos pisos ahora, —me

aconsejaron en la empresa.

Me había ya recorrido todo: Santa Coloma, el Llobregat, todo. Cogimos pues el carrilet y nos bajamos en Hospitalet sin saber adonde íbamos, porque era la primera vez que pisaba esto. Marchamos Rambla arriba hasta que dimos con esta parte. Hablé con un vendedor:

- Quiero un piso grande, para que pueda acoger en casa a los familiares

o amigos sin tener que estar apretados.

Tiene que ser un quinto. Los demás están todos vendidos.

 Oiga, —le dice mi sobrino Rafael al de la empresa—, es que se paga al contado.

— Hombre, pues mire usted, que yo no sé, que aquí quedaba uno que me parece que ya estaba comprometido, pero que seguramente no volverá. Vamos a ver si le gusta.

Y sí, me quede con él, con éste que estamos ahora. Hice una buena operación, yo creo, porque los pisos son buenos y me costó 418.000 al contado. Así que, como quien dice, hemos venido a parar a este barrio por una puñetera casualidad.

Angeles: Y ya nos vinimos los demás; desconfiando de que nuestro calvario pudiera acabarse de una vez. Madre mía, y ¡qué mal lo pasé yo aquí también!.

De verdad, fue una de las peores etapas de mi vida. ¡Lo que me costó el adaptarme!. Lloraba y lloraba y todo me parecía nuevo. Aparte de que al comienzo no teníamos aquí nada de nada: no teníamos agua, ni luz, ni una triste tienda para la compra, que la más cercana que había era abajo, en la plaza, sin carretera, todo embarrado. Fuimos de los primeros en el barrio: doce años hace.

Por eso, cuando los hijos nos dicen algo... Pero si ¡lo hemos hecho todo por ellos!.

Miguel: Estaba yo trabajando con un compañero a destajo, y él se compró un piso aquí. Pero le venía difícil pagarlo y tenía problemas con eso, por lo poquísimo que se ganaba entonces como *paleta*, y me dice un día: «Hombre, Miguel, si quieres, cuando te cases, te puedes venir al piso mio; te alquilo una habitación por mil pesetas y así nos ayudamos los dos». «Pues, estupendo ¿Dónde vives? ¿En Hospitalet? ¡Pues vamos a verlo!» Y vinimos con mi hermana y cerramos el trato. Eso era en los bloques E o F, detrás del Instituto. Y así también nos pudimos casar.

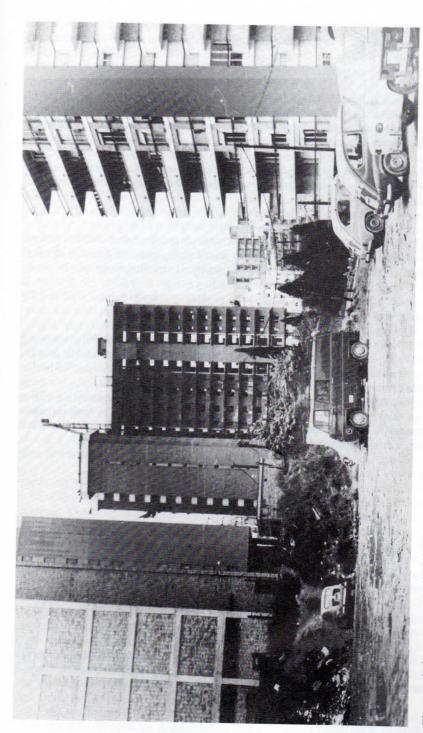
Y ya una vez aquí conocimos otros paisanos. Fue por mediación de ellos que conocimos estos otros pisos que todavía estaban en la estructura del bloque, firmamos el contrato con las 25.000 pesetas y con un poco de fatiga, porque estábamos apretados.

¡Madre mía! lo mal de perras que estábamos, y yo pensaba: «¿Cómo vamos a tener familia ahora?. Si tenemos familia (que Dios nos perdone) entonces nos vamos a las catacumbas, no podemos ni pagar las mensualidades». O sea que tuvimos que sujetarnos hasta en esto de no tener familia. Si Miguel Angel tiene ahora 8 años y va a hacer 10 que estamos en este bloque, pues estuvimos dos años así, aguantando y aguantando...

¡Y cómo estaba entonces todo esto!. Todo era un descampado: ni carretera, ni calles, ni nada. Nosotros fuimos los primeros en vivir en este bloque H, y para llegar al mercadillo, nos poníamos de barro hasta las rodillas. Por allí, enfrente del Instituto, estaba una casa de payés muy grande, con su cerca para las ovejas y cabras que había. Todo esto ha cambiado tanto... Gracias que a partir de que se hizo la Casa de Reconciliación, se puso freno. Pues antes todo lo que hacían aquí iba bien. ¿Un bloque de ochenta pisos?. Pues bien puesto. ¿Un rascacielos?. Pues bien puesto. Y al final, nos mataríamos aquí a bocados. Un infierno sería.

Julián: Al principio me fui a vivir con una familia, que me trataba como si fuera un hijo. Pero me tuve que ir, porque el hombre cogió celos conmigo. Se creía que yo me entendía con su mujer, una señora de cincuenta años, a la que yo respetaba como si fuera mi madre. La Matilde la conoce. Así que el hombre cogió celos y entonces me tuve que despedir.

Después, a los dos meses de estar casados, vinimos a este piso. Teníamos 50.000 pesetas que las habíamos ahorrado, aun después de haber pagado las letras de varias cosas que compramos. Fue el año 73, cuando nació Antonio. Y entonces me decía Matilde: «Vamos a meternos en un piso propio, porque en éste nos cuesta a nosotros 3.000 pesetas al mes y nunca será nuestro». Y yo le decía: «Pero chiquilla ¿no ves que no tenemos más que 50.000!»



Els anys de la construcció, 1970-1975.

Matilde: Estaban haciendo entonces estos pisos. Construyeron aquellos de ahí, que dan cara a la Resina. Nos dijimos: «Hay que dar 50.000 pesetas, y a la entrega de llaves, 150.000». Así que ya dimos las 50.000 primeras para paga y señal y después, cuando la entrega de llaves teníamos que dar las otras 150.000.

Julián: Pero nos faltaban 30.000 para completarlas. En aquellas fechas ya se había liado todo lo de las viviendas de Seat, donde yo trabajaba, y nos encontrábamos en la calle. Ni cobrábamos la semanada, ni puntos, ni pagas, y así estuvimos tres meses. Si cobrar nada. Llegó una semana que a mí me cogió con trescientas pelas y no teníamos ni para pagar el alquiler del piso.

No tenía ningún fondo para resistir. Y precisamente entonces se presentaron mis padres aquí y yo cogí una semana de baja. La cobré e íbamos aguantando. Vinieron también mi hermana la pequeña y mi suegro, y resulta que a mí se me cayeron dos chorros de lágrimas como garbanzos porque yo no podía atender a mi gente como quería. Entonces mi suegro me preguntó:

- ¿Por qué lloras?. Coño, tendrías que estar alegre, porque vienen tus padres.
- Pues eso es lo que me da alegría y me da pena, que no los puedo atender.

Total, la familia de mi mujer no se preocupó en aquellos momentos de nosotros y ocurrió todo esto. Entonces, cuando ya llegó mi padre, me dejó en la almohada del niño, en la cuna, diez mil pesetas, y cuando fuimos a despedirle al aeropuerto, me dice mi padre: «Debajo de la almohada tienes diez mil pesetas. Si te hace falta más dinero lo mandas a pedir».

Y cuando vino mi cuñado del pueblo, él también se hizo cargo de todos los gastos que hubo en aquellos días, y nosotros, pues aquí, aguantando mecha. En lo único que pudimos atenderle fue en ofrecerle la casa y en que la Matilde le hiciera la comida.

Pero pasé mucho, mucho... sobre todo, cuando vinieron mis suegros. Ellos veían muy bien cómo estaba yo, cómo no tenía ni gorda. Pero fueron malos. Entonces la armé con ellos, armé una grande. No comprendían lo mío y me dolía. Le dije a mi suegra:

— Y ustedes ¿no les da vergüenza por qué lloro, ustedes, sabiendo la vida

que estoy llevando?

 Es que antes has ganado mucho dinero y te has metido en un piso muy grande. Haberte metido en un piso más pequeño.

En un piso más pequeño me habría pasado igual.

Y a Matilde, que sufría con esto, yo le decía que es que sus padres son así con el dinero. Pero, cuando me quedé el año pasado en paro, lo primero que hizo mi suegro fue decirme: «Si te hace falta dinero, ahí tienes, estamos en casa y la gente no tiene nada que decir». Pero la otra vez, que fue cuando yo estaba apretado de verdad, no me dio nada.

Bueno, al fin, lo del piso fue bien. Porque me metí en una nueva empresa para trabajar y ya fui resolviendo un poco el problema, me fui desliando un poquitín, y hoy puedo contar en buena hora que tengo cuarenta o cincuenta mil pesetas ahorradas. Del piso tengo que pagar muy poquito, porque he dado ya doscientas mil pesetas para pagarlo. Además he comprado estos muebles a los niños, que me han costado cien mil pesetas y también lo que cuesta mantener a la mujer y a los niños. Y ya vivimos en lo nuestro sin aquellas angustias.

Luego, al marcharme yo, ella se fue a vivir con su madre a Girona y trabajó en la fábrica de la Coma-Cros. Y al volver, cuando empecé a buscar piso, ella

seguía en Girona.

Nos veíamos los fines de semana y los aprovechábamos para enseñarle los pisos que yo había visto. Yo creo que me recorrí toda Barcelona y los alrededores, porque como soy de la profesión, quizá sea más exigente; como lo trabajo, sé qué pisos están bien y cuáles no. Hasta que encontré éstos que parece que tenían una estructura buena y sólida; y aunque son pequeños, veía que estaban bien rematados. Además, éstos tienen el cuchillo aquel que va por Isabel la Católica y la calle Molino, y el sol ni la vista ya no nos pueden quitar.

Esto fue el resultado de infinidad de sábados y domingos, trajinando de una parte para otra, volviendo al Pueblo Nuevo y viendo lo que había que ver.

Teresa: Me acuerdo yo de Can Serra, cuando vivíamos en La Florida, que apenas se había empezado a construir: sólo tres o cuatro bloques (antes de la construcción del Instituto), todo los demás era campo y senderos. ¡Cómo han ascendido los bloques éstos en cuatro años! Nosotros ya llevamos siete viviendo aquí.

Agustín: Nosotros aunque vivíamos en la calle Andorra, que pertenece a Can Serra, prácticamente no pertenecíamos a este barrio, pues nuestra tendencia era ir a la calle Naranjos, donde vivía mi suegro.

Nuestras relaciones con el barrio empiezan propiamente cuando la niña empezó a ir a la escuela; hoy tiene 11 años. Pero fue entrar propiamente, cuando vinimos a vivir aquí, y tuvimos el problema de la grieta. Desde entonces nos sentimos muy bien aquí.

Patricia: Yo por supuesto que me siento muy bien en el barrio, lo que pasa es que pienso que cuanto más Agustín se mete en el barrio y le comprenden

más, yo me acomplejo más.

Manolo: Yo estaba viviendo de soltero en la calle Marqués del Duero, de patrona. Como tenía 34 años y ya tenía pensamiento de casarme, porque ya me había comprometido con una chica, pues cogí y empecé a buscar piso. Primero estuve en Gavà, pero no me interesó, y luego, un compañero me dio la idea de venir aquí. Vine, y estaban haciendo los cimientos y, cuando vinimos, ya vinimos de casados, pero el contrato lo hice de soltero.

Vinimos hace cinco años y ya vamos por el tercer hijo. Ahora en julio llegará el tercero. Es demasiado según están los problemas, pero, vaya ¡qué le va-

mos a hacer!.

Antonia: Hace 31 años que vivo en este barrio en la parte antigua de Can Serra, en la calle Oriental. Soy de Murcia y vine cuando tenía doce años. Bueno, yo vine a vivir aquí arriba. Entonces todo esto eran campos, una masía, una torre que había aquí y lo demás eran campos de garroferos.

Tengo una historia un poco enredada. Mi padre ya de soltero, estaba aquí, en el año 27 o 29, no sé. Trabajaba en la Campsa en la otra parte de la via.

Luego se marchó al pueblo y se echó de novia a mi madre. Allí nacieron mis dos hermanos mayores y se vinieron a Barcelona. Pero mis abuelos se pusieron muy viejos y de nuevo mis padres volvieron al pueblo donde heredaron las tierras y mi padre fue cultivándolas y allí nacimos otros dos hermanos, hasta que de nuevo se vinieron para acá.

Entonces las cosas de aquí eran mucho mejor que ahora. No mejores ¿cómo diría? más familiares. Todo eran casas bajas y había pocas. Sólo estaba la calle San Pedro, la Oriental, que es donde yo vivo, Pedro Pelegrí, la calle Andorra, Castellbó, la calle Faus, la calle de San Antonio... bueno, unas cuantas calles, pero no había ningún piso, sólo uno en la calle Molino, con planta baja y una planta más, donde vivía uno de mi pueblo.

Lo demás, todo era bajo, de una sola planta. Era muy agradable: todos nos conocíamos. Era bonito por eso: conocías a todo el barrio. Pero luego empezaron a hacer pisos, venir gente de pueblos y ya no conoces más que justamente a los vecinos.

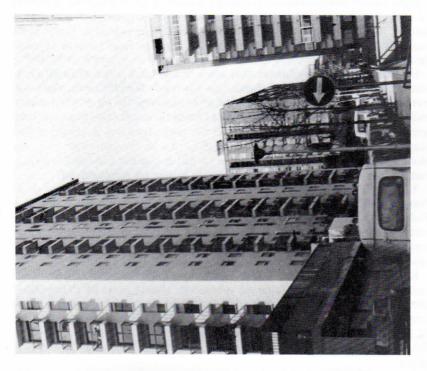
De la gente de antes muchos han muerto o se han ido de aquí. En mi calle mismo sólo hay de entonces una señora. Los demás todos han muerto. Han muerto mi suegro y mi suegra, luego los vecinos de al lado que se llamaban Pilar i Cisco, también murieron; al otro lado, una que se llamaba Anita, también murió; el señor de enfrente vive en Barcelona, pero la señora murió. Vaya, todos los de mi calle, todos han desaparecido, sólo queda una señora. Y luego, de las otras calles, pues ya no estoy tan al corriente de quién vive, pero también han muerto muchos y los que había jóvenes se han casado y se han marchado. Ya no queda casi nadie de entonces.

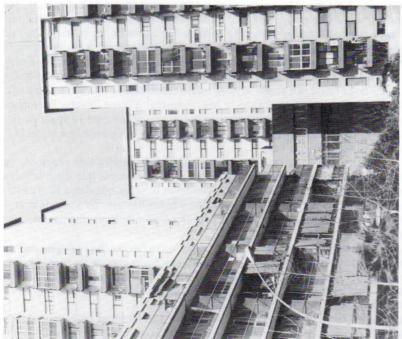
A veces comentamos este crecimiento actual. Sobre todo con mi marido, porque él nació aquí y es más veterano. Por eso, muchas veces le da rabia y dice cuando no puede aparcar el coche: «pensar que yo soy el primero que está aquí y no me dejan ni aparcar el coche». Y es verdad, le dan rabia todas estas cosas: «Huy, si mi padre viera todo eso, o fulano, si viera lo que han hecho aquí, lo que han hecho allá…»

Tenía esto entonces su vida también, se hacían cosas, tanto como ahora no, porque a lo mejor no era posible, pero el pueblo de Hospitalet, por ejemplo, hizo quitar la fábrica La Cardoner de la plaza y la trajeron aquí. Mi padre la llamaba de la *pudor* por el mal olor con que apestaba el barrio.

Respecto a fiestas, en la calle San Pedro, donde yo vivía, se hacía la Fiesta Mayor. La organizaba en su casa un matrimonio, que él siempre había trabajado en radios y que eran los dos muy juerguistas. Empezábamos para San Juan y duraba hasta San Pedro y engalanábamos la calle toda con papelillos; él ponía sus altavoces de lado a lado y allí en su casa es donde estaban los discos y allí hacíamos las fiestas. Hacíamos concursos de bailes... yo quedé un año finalista. Lo pasábamos muy bien.

Por lo demás, nadie se preocupaba de esta parte. El Ayuntamiento no hacía nada. Como todo eran campos, había entonces un camino hacia Hospitalet que estaba muy mal, todo de tierra, y cuando llovía no se podía pasar. Teníamos que llevar botas de agua y se nos ponía el barro hasta arriba del todo. Allí parecíamos el gato con botas, hundías las botas, y no podíamos levantarlas de tanto barro. Entonces habían ido vecinos a protestar al Ayuntamiento, pedían que echaran un poquito de carbonilla o algo y no, no, no había manera, se despreocupaban entonces mucho de aquí.





Els desnivells obliguen a nombroses escales.

Aquí sólo se han preocupado del barrio, cuando ha existido eso de la Reconciliación y se han puesto todos esos que se han preocupado del barrio, pero antes... ¡Ojalá hubieran venido antes! Sí, sí, aquí ni el alcalde de barrio tenía voz, ni voto. Nada, nada, esto era un barrio ¿cómo se dice? fuera de la mano de Dios.

Sr. Jesús: Lo que hoy llaman Can Serra recoge las tres propiedades o masías que antes había aquí: Can Serra, Can Cervera y Can Boixeres, junto con terrenos del Sr. Pelegrí en la parte norte y más vieja del barrio. Yo estuve siempre de jardinero en una de estas tres casas de campo (las tres eran muy hermosas), en la de Can Serra. Las otras dos pertenecen hoy al terreno de Esplugues y al barrio de Sanfeliu de l'Hospitalet. Yo he visto nacer los primeros bloque de este barrio, junto a la vía. La verdad es que estos bloques preludiaban un barrio muy bonito, muy distinto de lo que ha resultado ser.

Yo hice mi casa el año 22. Para construirla traían el agua en cubas de la Font de la Rambla. La finca de Can Serra llegaba entonces hasta la calle San Pedro y Oriental. Era muy bonita: en gran parte de ella había plantados algarrobos, otra zona era jardín con muchos árboles de adorno y rodeado de una verja muy artística. La masía estaba unida con las Ramblas de l'Hospitalet por una gran pasarela. Una parte de ella es ahora el paso por encima de la vía.

Recuerdo cuando l'Hospitalet tenía unos doce mil habitantes. Can Serra entonces no era más que un lugar de veraneo de alguna gente de l'Hospitalet, que subían aquí a tomar el aire (lo llamaban Poble Sec). Había cuatro o cinco torres, los dueños eran ricos y venían con carrozas. Es curioso que el chasis de un barco era la piscina de Can Serra. El dueño era propietario de barcos. Este terreno valía mucho. A mí me llegaron a ofrecer terreno a 15 pesetas el palmo.

Antonia: A mí me daba mucha pena cuando comenzaron ya a construir. Me daba cuenta, aunque no sea una entendida, que se hacían bloques en terreno de relleno, como los situados en la calle Badajoz hacia Can Boixeres, en la Casa de la Reconciliación. Cuando hicieron el Samontà yo informé a la constructora de las condiciones pésimas del terreno. Ellos se sorprendieron mucho, alegaban que les habían dicho que aquella era tierra firme. Al día siguiente traían máquinas de perforar. De todos modos, recién construído, el Samontà se hundía.

Sr. Jesús: Pues sí, tiene razón la Sra. Antonia. Yo me llevaba las manos a la cabeza cuando veía que se construían tan tranquilamente bloques en tierras superpuestas y en barrancos. Si la física no falla, yo pienso que algún bloque de éstos tendrá que caer.

En realidad, este barrio con los planos primitivos hubiera sido precioso, yo creo, y eso es lo que aprovechaba la propaganda que decía que iba a ser una urbanización modelo. De hecho, estos primeros bloques que dan a la vía estaban bien construídos. Según los planos, iba a haber bloques de dos y de cuatro plantas. Después se modificó la cosa y se llegó a lo de hoy: muchos bloques de doce pisos y juntos.

Lógicamente Can Serra no se debía haber construído, dada la densidad de población que ya padecía l'Hospitalet, siendo esto una especie de monte y parque natural de los que tan necesitada estaba la ciudad. La razón fue la especulación. Cuarenta y dos millones costó el terreno. Y resulta muy sencillo, ellos dieron cuarenta y dos millones y sacaron doscientos.

Antonia: Desde luego aquí nos opusimos a que hicieran un bloque donde está hoy la escuela de subnormales, donde iba programada una piscina. Pero

eran tiempos diferentes y a callar. La gente que compraba desde fuera era ignorante de las cosas.

Damián: Nosotros vivimos antes que en Can Serra en La Florida, durante cinco años. En aquel barrio no se veía ninguna actividad. Había habido el intento de formar una Escuela Profesional por parte del cura, cuando se hizo el local delante de la parroquia, pero aquello no cuajó. Después ya se fueron haciendo cosas, pero para entonces ya se había iniciado el movimiento de Can Serra.